



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO VII

SEMANARIO DE LA PROVINCIA DE LA PROVINCIA

NUM 1168

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 10 id.—La suscripción se cuenta desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MIERCOLES 25 DE SEPTIEMBRE DE 1901

UN ARTICULO del «Diario de la Marina»

El periódico cuyo nombre encaja en estas líneas, que viene dedicando especialísima atención á la cuestión de alianzas, publica el siguiente artículo, en el cual está inspirado el telegrama que anteayer nos dirigió nuestro corresponsal en Madrid, afirmando que la tan discutida alianza hispano-franco-rusa que á tantas fantasías ha dado lugar este verano, es cosa hecha.

Hé aquí el artículo:

LO QUE NO DE SER ESTÁ HECHO

Publica «El Imparcial» en su número de hoy un artículo del señor Walls y Merino demostrando los inconvenientes y peligros que para nosotros tendría una alianza con Inglaterra, y reproduce también el mismo colega parte del notable trabajo del Sr. Gibson Bowles, que apareció en la interesante revista «Nuestro Tiempo», en el que desde el punto de vista utilitario proclama aquel estadista, miembro del Parlamento de la Gran Bretaña, que la única alianza de resultados positivos para nuestra nación sería la de Inglaterra.

Los provechos y riesgos para España de dirigirse en uno ú otro sentido los hemos expuesto varias veces desde estas columnas, deduciendo, como «El Imparcial», de que en tanto que las circunstancias no fueren á una resolución, lo que á España conviene es la neutralidad; pero nosotros siempre hemos añadido: *preparándonos por tierra y mar militarmente*, tanto para garantizarla, como para llevar un peso apreciable al platillo de la balanza á donde nos inclinemos.

Pero según noticias que tenemos por fidedignas y serias, todas estas

reflexiones son inútiles, porque la decisión de España ya está hecha: y si no hay aún nada firmado, existe convenido lo suficiente, en tales términos que solo faltan las formalidades de rubrica para que tenga carácter oficial y público.

Estamos ya entendidos con Francia y Rusia, habiéndose principiado las negociaciones en tiempo del señor Silvela, que han continuado los actuales gobernantes, teniendo todos los visos de certeza por estar relacionado con ellas un enlace de príncipes de que se habló al comienzo del verano.

Las idas y venidas del Sr. León y Castillo, las continuas entrevistas de diplomáticos extranjeros con el ministro de Estado en San Sebastian, la insólita visita del embajador ruso á Miramar, el fictivo viaje del Sr. Moret recorriendo cortes y cancellerías, han dado este fruto. Y aunque por el momento se trate de ocultar y se desautorice cuanto decimos, apelamos al tiempo, gran definidor de verdades, advirtiéndolo que no ejercemos de profetas, sino de bien informados, tratándose de hechos ocurridos cubiertos por un discreto velo que nos atrevemos á descorrer, no viéndolo en ello riesgo alguno.

Conocidas nuestras ideas respecto á las relaciones de España con las potencias de Europa y á la oportunidad de decidirnos por una alianza, francamente diremos que nos parece que hemos apresurado el paso, cosa nada de extrañar tratándose de los señores Silvela y Moret, cuya rapidez de acción es conocidísima, sobre todo por los resultados; y que es triste el sino de esta nación, falta de verdaderas capacidades directivas. Por lo demás, ahora como siempre, se ha interpretado el sentimiento vulgar del país, y la alianza será bien acogida.

Mientras Alemania no se acerque á Inglaterra, no vemos peligros en esta determinación, pues la

paz en Europa persistirá; pero en cambio tememos que nuestra exportación sufra, principalmente la de minerales en que estriba nuestro desarrollo económico que tanto se anhela, por estimar difícil que en este punto puedan proporcionar compensación alguna ni Francia ni Rusia.

Poco hemos de tardar en hacer la experiencia, una vez que ya está así resuelto; pero de todos modos, como siempre hemos dicho, con unos y con otros y aun más con los que ahora vamos á ligarnos, se requiere para que nuestras ventajas no resulten ilusorias que nos hagamos respetables por tierra y por mar, que nunca fué prudente andar corderos entre lobos y desarmados con quienes están armados hasta los dientes.

Siendo ya inútil la discusión de si ésta ó la otra alianza es la que nos conviene, pues lo repelimos: *lo que ha de ser ya está hecho.*

TIJERETAZOS

No ha hecho más que tomar posesión de su destino el gobernador de Barcelona y ya le llama tra n poso la prensa con motivo de cierto pagaré.

Ante esto asunto cerramos el pico y decimos *in menti*:

¿Cómo anda el piscal!

Los suecos han inventado un torpedero aéreo.

Ya tenemos tres. El marítimo, el terrestre y el atmosférico.

Con este último se trata de matar más gente con menos peligro y arrasar poblaciones.

¿Y pensar que esos caballeros inventores hacen suya la doctrina del Maestro repitiendo con él:

«Todos los hombres son hermanos.»

Pero se distraen con frecuencia y destruyen la fraternidad á cañonazos.

Dice un articulista:

«La sociedad tiene derecho á divertirse, pero no á chiflarse.»

Y añade á renglón seguido:

«Según un cálculo matemático, el hombre que vive ochenta años ha empleado en abrocharse y desabrocharse botones más de seis.»

Compañero se predica con el ejemplo. Por que automatizar las chifladuras y enfrascarse con esos cálculos de abrochar y desabrochar, es ponerse voluntariamente bajo la acción de anatema.

¿Lo que iremos ganando con saber lo que gasta un hombre en abrocharse el pantalón!

Leemos:

«Aunque algunos periódicos indican que en el próximo consejo se tratará de la cuestión de los cautivos españoles; porque ya se habrán recibido noticias del Sr. Saavedra, no lo creen posible en los centros oficiales, pues calculando que aquél camino á marchas forzadas, pasarán aún diez días antes de que lleguen noticias de Mazagán.»

Eso si el Sultán no se halla bajo la influencia de un ataque de pereza crónica, pues entonces las noticias tardarán más tiempo.

De todos modos hay esperanzas de recibirlos antes del día del juicio final.

FICCION Ó REALIDAD

INTIMA

La ví, no fué ilusión; su pura frente besaba el postrer rayo de la tarde, y el aura transportaba á mis oídos las inflexiones de su voz de ángel.

Sentóse junto á mí; sus negros ojos tan tristes, no cesaban de mirarme, y al juguetear el viento me rozaba su cabellera espléndida y suave.

Con las trepidaciones se encendía de color su simpático semblante, y con suma elegancia cimbreaba de la marcha al compás, su esbelto talle.

¿Quién ora? ¿Por qué ausioso la miraba velándome el respato interrogarle, y extático admirábala y oía su cadenciosa voz, sus tiernos ayes?

Sufría y me adoraba; ví en sus ojos relampagueos de pasión, brillantes... paró el tren, descendí, y al despedirme el llanto en mi garganta ahogó las frases...

¿Fué sueño ó realidad? Era una virgen cándida, cual la ví, ó celeste ángel, que al cruzar vaporoso ante mis ojos

me mostró de la gloria los umbrales?

¿Era la idea que en mi mente vive ó la esperanza que en el alma nace, y toma forma y vida en mis ensueños de pasión y ventura? Impenetrable misterio la rodea, y ciego corro tras ella, cual la máquina pujante del tren, que entre columnas de humo denso creo me muestra su celeste imagen.

Cada noche la veo en los insomnios de mi turbada mente, en los suaves rayos de luna, pálidos como ella, que le sirven de espléndido ropaje, y mostrándome el templo de la gloria me dice con pasión: «¡Te amo, adelante!»

EL ZAR Y LOS PROVERBIOS RUSOS

Ningún pueblo quizá posee tantos proverbios como el ruso.

Tiene máximas y sentencias para todas las ocasiones.

Y claro es que en un país donde el soberano lo es todo, no podía menos de merecer la atención y servir de blanco á muchas de estas frases populares.

En ellas se refleja fielmente el espíritu de un pueblo oprimido y se venga de la inmensa superioridad del emperador con comparaciones y frases mortificantes.

He aquí algunos de los más curiosos, aun cuando traducidos pierden gran parte de su expresión:

«Cuando el zar escupe en el suelo, el polvo se lleva de orgullo.»

«Si un zar fuese leproso, pasaría por sano.»

«Delante del zar es preciso inclinarse, aunque sea ciego.»

«Pronto se rompe la cuerda si el zar tira.»

«La voz del zar encuentra eco hasta en la llanura.»

«El orinal del zar es más soberbio que la marmita del aldeano.»

«Un zar cojo puede también andar á grandes pasos.»

«Estar cerca del zar es estar cerca de los honores.»

«Cuando el hijo del zar quiere mamar, cien pechos se ofrecen para darle leche.»

Estos refranes expresan con la más fina ironía la omnipotencia y majestad del monarca.

Otros hay en los que el pobre *monjick* se complace recordando á su señor, que á des-

nessa de Krüdner atravesó sucesivamente diversos Estados de Alemania conmoviendo por doquiera á las poblaciones con su voz, y viéndose despedida á muy poco por los gobiernos. Como M. de Bonnal la hubiese ridiculizado con este motivo, en el «Diario de los Debates» del 28 de Marzo de 1.817, en el tono de burla más completa, una piuma amiga, que no es otra acaso que la de Benjamin Constant, la defendió en el Diario de París del 30, recordando al patrio ofensor las consideraciones elementales que, cuando menos, debía él, el hombre de afortunada, á la nieta del mariscal de Múnnich. En breve, alejándose de los ecos de Suiza y del valle del Rhin, cesaron de llegar á nosotros los acentos de Juliana de Krüdner. La perderemos también de vista de nuestro relato, porque lo que habríamos de añadir apenas sería más que una variante monótona de lo que precede. Publicó algunas cosas sueltas en alemán. Varios profesores de universidad imprimieron en extenso conversaciones que habían tenido con ella. En toda esta última parte de su apostolado, no me parece que difiere la baronesa de Krüdner de los numerosos sectarios que brotan diariamente en Inglaterra y en los Estados Unidos de América: la originalidad de su papel acabó. Habiendo obtenido permiso para ir á San Petersburgo, poco después se vió desterrada de allí por declararse á favor de los griegos, y murió en 1.824 en Crimea, donde trataba de

na admirada y amada, de cierto rigor acostumbrado, que hubiese querido ablandar, se hacia órgano de cierta santidad mística que trataba de sugerir. Escribía: «A veces me digo que conviene que yo sea así para atraer á V. á la esfera de ideas en que no tengo la suerte de entrar de lleno, por mi parte; pero la lámpara no es su propia luz, y la difunde, sin embargo, en torno suyo... Había pasado el día solo, y no salí más que para ir á ver á Mad. de Krüdner. ¡Excelente mujer! No lo sabe todo, pero ve que me consume una horrible pena, y me ha tenido tres horas para consolarme; me decía que rezase por los que me hacen sufrir; que ofreciese mis sufrimientos en expiación de ellos, si lo necesitaban.» Y en otra parte: «...soy una lira que rompe la borrasca, pero que, al romperse, suena con una armonía que V. está destinada á escuchar... Ya estoy destinado á iluminar á V., consumiéndome... Quisiera creer y trato de orar.» Por desgracia para Benjamin Constant, esos anhelos que al lado de la baronesa de Krüdner se reanimaban, y que llegaban á su apogeo durante el «Padre nuestro» que recitaba con ella, no se sostuvieron, y volvió á caer en seguida en el anonadamiento, en la ironía y en el disgusto de las cosas, de donde únicamente lo sacaban por sacudidas sus nobles pasiones de ciudadano.

A su salida de Francia, después de 1.815, la baro-

su falta de disciplina, de norte fijo y también de doctrina definida.

Cuántas veces, instada á explicarse sobre esa doctrina, interrogada sobre sus fuentes y testimonios, cuando se decía á sus ideas místicas: «¿Qué sois? ¿De dónde venís?» después de las primeras palabras, se contentaba con hacer un movimiento hacia Empey. tas, que respondía: «Yo se lo explicaré á V.»; y el viento de la inspiración tornaba, y no volvía á pensarse más en la explicación.

Esas vacilaciones aparecieron de nuevo en los resultados y en los actos de la vida. Quizá hubiese salvado á Labédoyère, si hubiese obedecido á un solo pensamiento; pero cerca de ella se sucedían sugerencias diversas; su inspiración variaba á merced de la última persona que veía; y una de esas personas, hostil á Labédoyère, tenía buen cuidado de no abandonarla hasta algunos momentos antes de la hora de llegar el emperador Alejandro, que encontraba bien combatida y enfiada la inspiración elemental.

Su sensibilidad y su imaginación, no contenidas, tomaban libre vuelo. Sus ilusiones sobre las ocasiones de hecho eran extremas y á menudo sorprendentes; las había tenido con facilidad en todo tiempo. En 1816 decía un día á una persona que fué á verla de noche, á la hora de sus oraciones: «Se cumplen grandes obras; todo París ayuna...» Y ese amigo, que sa-